

te á los dos bellos palmitos que se alejaban, yo me escurri por una puerta de cierta tienda, y salí por la otra, que daba á distinta calle.

Oportunidad como la mía, siempre puedes

aprovechar, querido lector, pues no debes olvidar que entre la clara razón y el sentido perturbado, aquélla tiene sobre éste todas las ventajas.



## XXII

### DIVERSIONES FAVORITAS.

**C**OSTUMBRE inveterada fué y seguirá siendo en virtud de ciertas razones que por conocidas callo, la de divertirse los humanos los días domingos en esta parte de la América Septentrional, pues, según se dice, nuestros escrupulosos vecinos del Norte dedican esos días á la *oración*. Las corridas de toros, las maromas, los paseos de la Alameda y Bucareli, el atrio de Catedral, la Pradera y la Retama, constituían las diversiones favoritas del pueblo. De las plazas de toros que existían en la buena ciudad de México, se tratará separadamente.

Los paseos de la *Pradera* y la *Retama*, el primero entre la Palma y la Soledad de Santa Cruz, en cuyo sitio han levantádose casas, y el segundo por la parte sur de la ciudad, en la rinconada de Monserrate, ofrecían columpios, volador, sube y baja y otros juegos por el estilo, *maromas* y *meiendas*, todo lo que extraordinariamente atraía á la gente del pueblo. Otras *maromas*, ó sean los lugares en que los cirqueros y volatines lucían su destreza, existían en la cuarta calle del Reloj y en la esquina del Puente del Santísimo.

La primera de dichas *maromas* que, con la desaparición de la segunda quedó dueña del

campo, pertenecía á Don Soledad Aycardo, hombre astuto y laborioso que había logrado adquirir gran reputación y aplauso, no solamente entre la gente del pueblo, sino entre la rica y encofetada, pues has de saber, querido lector, que tan bueno era aquel bisojo, pues torcido de vista era, para bailar y dar volteretas sobre un caballo, saltar en la cuerda y hacer el payaso que, al decir de los inteligentes en achaques de ese arte humilde, no tenía rival, como dirigir y tomar participación en las comedias y sainetes que se representaban por la noche, ó mover á las mil maravillas los títeres en las funciones de este género que alternaban con las representaciones dramáticas.

No temas, lector amigo, que abuse de tu paciencia describiendo, con todos sus pormenores, las funciones de circo que se celebraban por las tardes, y sólo ofrezco decir, lo muy preciso para que puedas distinguir la diferencia entre los antiguos espectáculos y los de estos tiempos; mas para conseguir el objeto tú y yo, debemos asistir, retrotrayendo de nuevo el tiempo, á esa época de las *maromas del Reloj*, *Puente del Santísimo*, *la Pradera* y *la Retama*, sin dar la preferencia á ninguna por lo que respecta al local, que hartamente ingrato era el

de las cuatro, no existiendo más diferencia esencial entre esos corrales, que la que resultaba de tener los dos primeros su techo de tejamanil y los dos últimos, muy espléndido el suyo, como que era el natural, el mismo cielo.

No sé á punto fijo la época en que desapareció el circo del Puente del Santísimo, pero del que bien me acuerdo por diversas circunstancias es del llamado el Reloj, y por tanto á él se refiere la siguiente relación.

Desde muy temprano empezaba á acudir la gente del pueblo, así como algunas familias con sus propios retoños y las niñeras con los ajenos; el caso es que, poco antes de dar principio la función, el circo ofrecía un completo lleno. Los concurrentes confundían su algarraba con los destemplados acordes de una murga en que desempeñaban los principales papeles el bombo y el clarinete, que ensordecían á los que podían desde grandes distancias escucharlos.

En tanto que unos concurrentes se echaban al colete sendos jarros de pulque, otros refrescaban sus fauces con el jugo de las limas ó de las naranjas, y el dulcero se abría paso por entre la gente apiñada, llevando un cajoncito so-



EL DULCERO.

bre cuya servilleta estaban los caramelos de esperma, los cartuchos de las almendras garapiñadas, acitrones, calabazates y camotes cubiertos, huevos reales y yemitas acarameladas, gritando acá y allá: *dulces para tomar agua, ¿quién se refresca?* Iba siguiéndole un chico

zarrapastoso que conducía un cántaro lleno de agua y un vaso de vidrio, para dar de beber á los que compraban dulces á su amo.

A las cuatro ó cuatro y media, al toque de una marcha ejecutada por la murga salían los volatines y cirqueros y á la cabeza el famoso payaso, quien hacía al público grotescos saludos y presentaba á sus *chicos*, como él llamaba á todos los de la comparsa.

Hase comparado el payaso de hoy con el bufón de la Edad Media. La comparación es exacta, salvando las siguientes diferencias: el payaso divierte á un público y trata de congraciarse con él, en tanto que el bufón distraía á su señor, adulaba á los magnates cuando le convenía, y se vengaba de sus enemigos. El payaso con sus chistes causa hilaridad, y cuando se traslimita, hierde; mas las heridas que infiere no son profundas, y siempre es aplaudido, pues infeliz de aquel que se da por agraviado en el circo, porque da pábulo á la burla de los espectadores; y el bufón inventaba cuentos que iban envueltos en advertencias que salvaban vida ú honra, unas veces, ó en amenazas que producían el deshonor ó la muerte, otras. El payaso sólo ejercita su oficio en determinados momentos, pero fuera de éstos es un hombre como todos, y el bufón siempre era el juglar que tomaba participación en las conspiraciones, en las guerras y en las fiestas; el payaso, por último, es querido de muchos y de ninguno odiado, y el bufón, por el contrario, era de muy pocos estimado y de muchos aborrecido. *Fortún*, aquel chispeante *Fortún*, dijo que los payasos existen en los círculos sociales y políticos, y yo digo que no le faltaba razón.

El verdadero payaso mexicano que conocí en la época á que me vengo refiriendo, presentaba caracteres algo distintos á los del *clown* actual, y el más popular de todos, era Don Soledad Aycardo, quien, como los demás de su oficio, aunque con moderación y sin causar á nadie particular ofensa, dirigía sus puyas en verso á las viejas y á las suegras, y piropos á las muchachas bonitas; criticaba vicios sociales, y por eso hablaba, ora de las casas de vecindad, ora de la mujer mal casada, de los borrachos y de los jugadores.

Presentábase unas veces con el vestido ajustado al cuerpo, la cara enharinada, y con un cucurucho de fieltro en la cabeza, larga cabe-



llera rizada según la moda de la época, peinada que era conocido con el nombre de *romántica*, ceñida la frente con una cinta de terciopelo bordada de oro y enaguilla de puntas con cascabeles, y otras veces gorra con pluma, cara limpia y acicalado el bigote.

En todo lo que sigue no me refiero á individuos determinados, sino que presento al payaso y volatineros en sus tipos generales.



Antes de comenzar la función, el *maromero*, vestido con camisa y calzón de punto de seda ó bien de trusa, tonelete con relumbrones, y gorra con pluma, trepábase como gato en la cuerda tensa por dos tijeras de madera, colocadas á regular distancia una de otra, y ya en alto, recargado en los lazos que afianzaban una de aquéllas en su parte superior, esperaba á que unos hombres diesen á la sobredicha cuerda el necesario temple, que él mismo probaba con dos ó tres sucesivos hincapiés. Entretanto, el payaso se dirigía á los músicos y al público, diciendo:

Señores, muy buenas tardes,  
la función va á comenzar;  
y yo con unas coplitas  
que les voy á dedicar.  
Déle al bombo, maestro *al cémbalo*  
porque ya quiero bailar.

La música tocaba un rato, y el payaso después hablaba al volatinero en estos términos:

—Vamos, señor amito; ya es tiempo de que luzca sus habilidades ante el digno y respetable público. Siga la música *maestro al cémbalo*.

El volatinero, con el balancín horizontal, cogido con ambas manos y empujándose con la planta del pie que había tenido apoyada en uno de los maderos de la tijera, avanzaba sobre la cuerda, trenzando los pies y dando saltitos, fácilmente impelido por efecto de la misma elasticidad de la cuerda.

El volatinero, después de algunos paseos por la maroma de cáñamo, durante los cuales la constante y fuerte oscilación del balancín, acusaba el desequilibrio de su cuerpo, retrocedía violentamente tronzando los pies, hasta tocar con los maderos de la tijera, que le servía de reclinatorio; sacaba su pañuelo, limpiábase el sudor, y esperaba á que el payaso recitase los versos ofrecidos, para cuya escena callaba la murga.

El payaso, yendo y viniendo y agitando los brazos como un cómico incipiente, cumplía su cometido de esta manera:

Las Mariquitas son finas,  
las Juanitas muy hermosas,  
las Catarinas garbosas,  
y lindas las Agustinas;  
las Tomasas muy catrinas,  
las Pepas, cielo estrellado;

Al concluir este verso, poníase á bailar y cantaba con cierta bellaquería, acompañado del bombo, los últimos versos de la octava:

aunque sea con una de éstas  
yo quisiera estar casado.

De la misma manera seguía recitando otras cinco ó seis octavas, dando fin con la siguiente:

A todas las quiero yo  
y toditas me han de amar,  
y luego que acabe el circo  
á todas he de buscar.  
Soy buen mozo, aunque miren  
todo mi cuerpo pintado.  
oigan *chulas*, yo con todas (bailando y cantando)  
quisiera verme casado.

Concluido este acto, la murga continuaba tocando y el volatinero procedía á ejecutar la segunda y más difícil parte de sus ejercicios, que consistía en brincar más sobre la cuerda, caer sobre ella sentado, primero de un lado y después de otro, y, por último, dar un salto mortal, con el balancín siempre asido y caer montado en la cuerda, de cuya flexibilidad se aprovechaba para saltar de nuevo y caer sobre ella de pie.

El volatinero soltaba al fin el balancín y bajaba de la cuerda por medio de otro salto mortal, daba las gracias al público que lo aplaudía y se retiraba. El payaso, para dar tiempo á que sacasen los caballos para el circo, tomaba el timón é imitaba sobre el suelo del redon-

del los movimientos del volatinero y, por último, recitaba versos satíricos como los siguientes:

El diablo la mujer es,  
de quien el hombre va en pos,  
pues cuando no engaña á dos,  
es porque entretiene á tres.  
—“No te amo por interés”  
te dirá “que á tí te quiero:  
tú eres mi delicia,” pero  
no te fies de la suerte  
porque (cantando y bailando) la mu-  
jer más fuerte,  
al fin se rinde al dinero.

Para qué he de describirte, carísimo lector, las escenas del circo que ya conoces tan bien como yo, pues esos bailes de los cirqueros sobre el caballo, levantando alternativamente las piernas, echando primero la derecha á un lado y después la izquierda al otro, con el cuerpo muy tieso y dejándose caer muy fatigados quedando sentados en las ancas del caballo, son los ejercicios del primer acto ecuestre usados en los tiempos antiguos y en los modernos, y así es que pasaremos á otra cosa.

\* \* \*

Has quedado instruido, lector querido, de lo que eran las funciones de *maroma* por las tardes, y tiempo es ya de que conozcas las representaciones dramáticas que tenían lugar por las noches y tardes de los días festivos, costumbre que aún prevalece, aunque debo advertirte que muy poco te he de hablar de teatros por ser innecesaria toda relación, cuando para adquirir pleno conocimiento del asunto cuéntase con la galana *Reseña histórica del teatro en México* que ha brotado del estudio, asiduidad y fecunda pluma de mi buen amigo Enrique de Olavarría y Ferrari, obra en la que hallarán todas las personas de buen gusto y que se interesen en nuestros asuntos nacionales, detalles, episodios curiosos y hechos históricos, todo lo que, á medida que se avanza en la lectura de la obra, aviva más y más el interés. Lee, por tanto, mi buen lector, esa curiosísima reseña, y, estoy seguro, me darás las gracias por el consejo.

Seguiré reseñando, paciente lector, las funciones teatrales que se organizaban bajo la dirección del famoso Don Chole Aycardo, á fin

de que no ignores ciertos pormenores de ese teatro del Reloj que era, como quien dice, el polo opuesto del Coliseo de Vergara.

Los actores que formaban la compañía dramática de Don Soledad, poseían esta notable cualidad: cuando fingían el llanto en el teatro hacían reír, y cuando sonreían exponiendo sus miserias fuera de él, hacían llorar. Diminuta por demás era la compañía en lo concerniente á características, pero tal circunstancia no era de tomarse en consideración por cuanto á que contaba aquélla con un Cuervo, es decir, un actor de este apellido, ya muy entrado en años, y como la voz de éste era igual á la del cuervo ave, y la de este pajarraco idéntica á la de las viejas y suegras gruñonas, he aquí por qué el individuo Cuervo desempeñaba á las mil maravillas los papeles de la característica, para lo que no le faltaban sus sayas y pañolones propios, de color de ala de mosca, ni esas ligeras protuberancias de carne que á las espaldas de las gentes echan los años.

Don Soledad Aycardo, y quien habla de él habla de toda su Compañía, dióse á estimar por su carácter afable y complaciente con todo el mundo, pero muy en particular con los cócoras que capitaneados, no por un truhan, sino por un individuo simplemente alegre y decididor y á quien por ciertos defectos de su mirada llamaban el tuerto Suárez, concurrían en gran número á los espectáculos. Esos cócoras, con sus travesuras y chistes de buena ley, atraían al humilde Coliseo la concurrencia más selecta de nuestra sociedad, para la que llegaron á escasear las localidades, hasta el punto de pagarse dos onzas de oro por un palco.

La triste y tranquila cuarta calle del Reloj veíase muy animada en las noches, y recorrída por hermosos carruajes de los que se apeaban elegantes damas que, sin pararse á escuchar los versos que cantaba un truhan pastelero á la entrada del edificio, proseguían impávidas su camino por un extenso patio descubierto, en cuyo fondo estaba la puerta del teatro de madera.

Era éste de planta cuadrada, con mal pavimento, pues era el que, quitando las *bancas* ó lunetas, servía para el circo y la maroma. Los palcos y galerías, contruidos de fuertes maderos y tablazón, se hallaban embadurnados de mala pintura, de lo que en absoluto carecía el



techo de tejamanil, del que pendían dos ó tres armazones de hoja de lata, con quinqués de aceite. El palco escénico, que ocupaba el lado oriental de la sala, tenía su telón pintado con alegorías y con el siguiente dístico:

*Con falso brillo y con diversos nombres,  
Lecciones de moral doy á los hombres.*

Con un lleno completo el salón y terminada la obertura, que nunca dejaba de ser rumbosa, aun en los teatros más ramplones, al decir de los programas, daba principio la comedia (cuando no eran títeres), la cual pertenecía casi siempre al género festivo y raras veces al sentimental, ya eran *Las Citas á media noche*, durante cuya representación los cócoras dirigían dichos agudos y oportunos á las taimadas aquellas de la comedia que clandestinamente introducían en la habitación á sus insulsos pretendientes, quienes no se escapaban, y con mayor razón, de un fuego graneado de chistes disparado de las lunetas; ya era *Pipo ó el Principe de Monte Cresta* la comedia que se ponía en acción, y en la que los actores Aycardo y Vidaña reían y lloraban alternativamente, como lo pedían sus papeles, y entonces era digno de oír las risas burlonas de los cócoras y sus lloriosos de niños malcriados y corajudos, generalizándose, por tanto, la risa en los palcos y galerías. Otras veces representábase *El Santo fingido*, cuyos protagonistas eran, una mujer desvergonzada, un pillo sacristán y un marido bobo, ó bien dábese el *Casamiento de los indios*, pieza en la cual, después de insulsas peripecias, y como final resultado, salían los cónyuges de la iglesia y atravesaban en procesión el palco escénico, bajo enramadas y arcos de tule, precedidos por los tocadores de tambor y chirimía, acompañados del padrino y la madrina y seguidos de toda la indígena comitiva, la que cerraba el indio del torito y otro que iba quemando una rueda chispera y tronadora. A poco aparecía en el escenario, una vieja de enaguas de lanilla azul listada de blanco, paño en la cabeza y *quichquemel*, la que no era otra que nuestro insigne Cuervo que guiaba á los indios que llevaban para el festín, unos, sobre la cabeza, grandes cazuelas de mole y otros, á las espaldas, las ollas de los tamales *quimiles y chuiquihuites* con las tortillas de maíz y el cuero con el pulque *curado*. Todas

estas escenas tenían la particularidad de representar muy á lo vivo, las que en sus pueblos desarrollan los indios en sus matrimonios.

\* \* \*

Una consideración ha obligadome, lector amable, á no seguir en este artículo que se refiere á teatros, el orden riguroso de los tiempos, y es, á saber, la conveniencia de dejar para el fin lo que más debe impresionarte, si no por la narración, si por el recuerdo que ella entraña, como es el del acontecimiento más grande que se registra en los anales de nuestro teatro. El apogeo de las funciones de títeres, circo y comedia, organizadas por el justamente popular Don Soledad Aycardo, tuvo efecto al terminar la década de 50 á 60, en tanto que el relativo á las del teatro de Santa Anna, fué en los primeros años.

\* \* \*

El teatro de Nuevo México, que pocos años atrás había sido el lugar de reunión de la alta sociedad mexicana y en cuyo escenario brillaron insignes artistas, que tan detalladamente á conocer la importante *Reseña histórica*, de Olavarría, había decaído notablemente é iba derecho á su completa ruina. Hallábase situado el teatro en la calle de su nombre, acera que mira al Norte, en el sitio en que hoy hay casas particulares. En su exterior presentaba el aspecto de humilde edificio al que daba entrada un amplio zaguán. La acera de enfrente hallábase interrumpida por callejones, y en su extremidad oriental, por una plazuela llamada de Tarasquillo, en la cual se veían, alineadas contra los muros de las casas, chozas de indios carboneros, y en la que, más tarde, la señora Adalid levantó las casas que hoy existen y señalan la extensión que dicha plaza tenía. En su interior, el teatro ofrecía un aspecto decente por sus palcos pintados de blanco mate con filetes dorados, por los retratos de autores y artistas en claroscuro que adornaban los antepechos, y por su cielo raso bien pintado y telón con alegoría muy complicada, que ofrecía, además, el siguiente dístico, escrito con grandes letras:

*No es el teatro un vano pasatiempo;  
Escuela es de virtud y útil ejemplo.*

Ha considerádose el teatro por algunos como escuela de moral y de buenas costumbres y, por otros, como medio de pasatiempo solamente. Aun cuando no estemos de acuerdo en todo con la primera proposición, negamos rotundamente la segunda, pues debe tenerse en consideración que el teatro, además de servir de agradable entretenimiento, ejerce grande é inmediata influencia en la cultura social, según la expresión del eminente literato Don Leandro Fernández de Moratín. Asimismo puede asegurarse que cuando se llevan á la escena espectáculos indignos, como en el día acontece, el teatro pierde su noble gerarquía, á que lo elevaron, Lope de Vega y Alarcón, Moreto y Calderón, Moratín, Gorostiza y otros muchos. Estaríamos enteramente de acuerdo con la primera proposición, si las obras que se llevan al teatro adunacen á la bella forma el fin moral que tanto distingue á las magistrales comedias de Don Juan Ruiz de Alarcón, gloria, á la vez, de México y España, comedias que dejan en el espíritu de los espectadores una impresión provechosa. Con respecto al fin moral, entre "Las Paredes oyen" y "Teresa Raquin" hay una distancia enorme. Aquella recrea el espíritu y lo vivifica; ésta halaga las pasiones y daña el espíritu.

\* \* \*

El teatro de Nuevo México se estrenó el domingo 30 de Mayo de 1841, representándose por la tarde *El Torneo*; drama de nuestro vate Fernando Calderón y por la noche el denominado *Los hijos de Eduardo* de Casimiro Delavigne, traducido por Bretón de los Herreros. Buenos artistas formaban la Compañía, como eran las actrices Inocencia Martínez, Cándida García, Creencia López y



FRANCISCO PINEDA.

Manuela Méndez y los actores Francisco Pineda, Fernando Martínez, Juan Dalmau, y el gracioso Ruiz.

El actor Pineda además de poseer una buena escuela y el dominio de la escena, se hallaba dotado de buena presencia y de finos modales, cualidades que le conquistaron la estimación del público. Las piezas en que más sobresalía eran *Los hijos de Eduardo*, *La Victoriana*, *El Arte de Conspirar*, *El Trovador*, *La conjuración de Venecia*, *Catalina Howard* y el *Campanero de San Pablo*.



FERNANDO MARTINEZ.

Fernando Martínez, que por idénticas cualidades, era igualmente apreciado del público se distinguía en el género caballeresco, razón por la cual, desempeñaba con perfección papeles como el del rey Don Pedro en *El rico home de Alcalá*.

El Coliseo por la excelencia de sus actores, estuvo en lucha abierta con el Principal en que actuaba una Compañía de relevante mérito, tanto que si el primero que recibió el nombre de *Belchite* ponía en escena *El Campanero de San Pablo*, drama que, como todos los de Buchardy, era del gusto de la época, representábase también la misma pieza en el segundo, ó de *Santa Paula*, nombre que aludía al panteón así llamado que entonces existía. Francisco Pineda en Nuevo México é Higinio Castañeda en el Principal rayaban, por igual, á gran altura en el papel del Campanero. Los concurrentes de un teatro acudían al otro para hacer comparaciones respecto del desempeño de un mismo drama y, exaltados por sus en-